

LO POSTDICTATORIAL

Sobre la neoliberalización del vínculo entre política, cultura y comunicación

Natalia Romé

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina.

romenatalia@yahoo.com - <https://orcid.org/0000-0003-1807-2611>

Ricardo Terriles

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina.

rterriles@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-6037-8983>

Recibido: 02 de julio de 2023

Aceptado: 17 de noviembre de 2023

Identificador permanente (ARK): <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/xf8rjilwr>

Resumen: El trabajo apunta a intervenir en un doble campo de discusión. Por un lado, procura aportar a la conceptualización de los vínculos entre lo ideológico y lo afectivo, a partir de la delimitación de la especificidad de lo imaginario. En segundo lugar, en un nivel analítico, procura aportar a la caracterización de la coyuntura neoliberal, atendiendo especialmente a los vínculos entre comunicación y democracia, a partir de identificar una matriz *postdictatorial* operante en el nivel imaginario que sostiene prediscursivamente las creencias sociales. El objetivo del trabajo atiende, así, a tres ejes: 1) aportar a una caracterización de los procesos de neoliberalización del capitalismo a escala global tomando como momento fundante las experiencias dictatoriales del Cono Sur, extrayendo de ello consecuencias analíticas para pensar las formas de la derechización en la actualidad; 2) discernir la instancia específica de lo imaginario, respecto del orden de lo representacional e ideológico, a fin de avanzar en el análisis de los resortes afectivos que actúan en la complejidad temporal del presente, en sus formas subjetivas y dispositivos comunicacionales; 3) revisar los esquemas conceptuales con los que se conciben las conexiones entre lo cultural y lo político, incorporando una concepción plural de la temporalidad irreductible a los abordajes politológicos, economicistas o tecnocéntricos.

Palabras clave: postdictadura, neoliberalismo, imaginario, ideología, fantasma

THE POSTDICTATORIAL

On the neoliberalization of the link between politics, culture and communication

Abstract: The study aims to address a twofold field of discussion. On the one hand, it seeks to contribute to the conceptualization of the links between the ideological and the affective, by delimiting the specificity of the imaginary. Secondly, on an analytical level, it attempts to contribute to the characterization of the neoliberal conjuncture, focusing especially on the connections between communication and democracy, by identifying a post-dictatorial matrix operating at the imaginary level that pre-discursively sustains social beliefs. The purpose of this study is thus threefold: 1) to contribute to a characterization regarding the processes of neoliberalization of capitalism on a global scale, considering the dictatorial experiences of the Southern Cone as a founding moment, thus extracting analytical consequences to think about the forms of rightwing at the present time; 2) to discern the specific instance of the imaginary, with respect to the representational and ideological order, to advance in the analysis of the affective mechanisms that act in the temporal complexity of the present, in its subjective forms and communication devices; 3) to review the conceptual schemes with which the connections between the cultural and the political are conceived, incorporating a plural conception of temporality irreducible to political, economicist or technocentric approaches.

|2|

Keywords: postdictatorship, neoliberalism, imaginary, ideology, phantom

Introducción

La democracia se encuentra hoy en cuestión. En todo el planeta crecen expresiones que, sin declararse antidemocráticas, proponen medidas que implican la reducción de libertades elementales. En nuestro país, estas expresiones, en ocasiones consideradas como “nuevas derechas”, constituyen variantes radicalizadas de neoliberalismo, que conviven y se articulan con formas negacionistas de la memoria política, tendencias ultraconservadoras en moral sexual y reproductiva, y manifestaciones extremadamente violentas de rechazo a la alteridad y a las instituciones político-partidarias. El análisis de este tipo de posiciones tiende a captar el interés -y en ocasiones la fascinación- de una buena parte del campo intelectual crítico; sin embargo, tiende a desatender la coyuntura cultural en el marco de la cual estas tendencias han encontrado ocasión para su consolidación y crecimiento. Apuntamos entonces a ampliar el cuadro de la reflexión para pensar bajo qué condiciones este tipo de manifestaciones políticas encuentran oportunidad para instalarse públicamente como formas legítimas del juego democrático y, especialmente, ser acogidas por sectores no necesariamente vinculados con sus genealogías políticas o con los intereses que ellas trasuntan.

En definitiva, nos preguntamos si con un exclusivo estudio de los rasgos de las actuales derechas alcanza para comprender su creciente éxito, o si acaso no es necesario e incluso imprescindible interrogar algunas transformaciones más amplias, de índole cultural, que exceden a los espacios referidos y que comprometen las gramáticas más

generales que marcan el pulso de las intervenciones diversas -en ocasiones antagónicas- en el espacio público. Porque, tal como señala Sergio Caletti (2006a), en el espacio de lo público se da forma a la *escena* donde determinados actores habrán de “organizar y reorganizar elementos de esta argamasa cultural –única ‘materia’ que está en sus manos– para hacer política con ella, para tornarla a su vez arcilla de esa otra instancia de juego de la vida social, la que dirime el futuro común” (p. 48).

La noción de “escena”, por su fuerza teatral y su semántica asociada a la óptica, indica una dimensión de la vida cultural que suele ser soslayada en su especificidad, y que incumbe directamente al campo del análisis comunicacional: la instancia de lo *imaginario*.

Para abrir la pregunta por lo imaginario de nuestra escena política actual, proponemos una exploración de los rasgos culturales de nuestro presente y pasado recientes.¹ Mucho se invoca al llamado “neoliberalismo” para dar cuenta de las condiciones políticas en las que crecen procesos de derechización. En este sentido, ya resultan clásicos los aportes de William Davies (2016) sobre el giro “punitivo” impulsado entre 2001 y 2008 o los de Wendy Brown (2020) sobre la incompatibilidad entre los procesos de economización de la vida, propios del llamado neoliberalismo y la vigencia plena de los principios liberales de la democracia, entre otros. También los aportes feministas identifican, en las actuales formas financieras del capitalismo, el impulso para transformaciones en los regímenes de reproducción que impactan en las violencias (Fraser, 2016). Las formas de precarización de la supervivencia, el asedio del exitismo y la autoexplotación permanentes como formas de subjetivación, la desconfianza como forma de sociabilidad política, entre otros rasgos, tienden a dar por respondida la pregunta sobre el relativo “éxito” social de los discursos de las actuales expresiones de derechas.

Pero, si bien estas tendencias permiten hacer inteligibles las condiciones materiales del actual malestar, no resulta suficiente la inferencia que asocia directamente a éstas con los procesos de derechización, como si fueran ellos los únicos modos posibles de su vehiculización. El siglo XX es, por cierto, lo suficientemente rico en otras experiencias de tramitación del hartazgo y de la furia ante las injusticias sociales.

Mientras circula un cierto asombro o perplejidad ante la pretendida capacidad de las derechas para apropiarse de algunas de las prácticas, rituales o discursos que componían el repertorio memorial de insurrecciones e insurgencias, no aparece una pregunta sobre la retracción de las izquierdas en la cultura política. Podemos entonces conjeturar que, antes que un diagnóstico justo, el *dictum* frecuente sobre la actual “derechización de la sociedad” parece ser la condensación ideológica que sintomatiza la ausencia de una pregunta por los posibles deslizamientos de las posiciones de izquierda.

¹¹ Cabe señalar aquí que el programa de investigación en el marco del cual se elaboran las reflexiones que dan lugar a este artículo es fruto de un trabajo colectivo inspirado en los aportes de Sergio Caletti al campo de investigación crítica en comunicación. El despliegue actual de esta perspectiva teórico-metodológica se inscribe en el equipo de trabajo compuesto por los miembros del Proyecto UBACyT 20020190100384BA: “*Ideología y subjetivaciones políticas. Tendencias neoliberales en una coyuntura sobredeterminada. Argentina 1976-2019*”. (Dir. Natalia Romé). Más específicamente, los desarrollos de este trabajo han sido discutidos con algunos miembros del equipo a quienes agradecemos sus aportes: Martina Sosa, Paula Morel, Ramiro Parodi, Carlos Britos, Esteban Espejo, Silvia Hernández, Carolina Ré, Sebastián Ackerman y Ernesto Schtivelband.

La afirmación incontrastable de la *derechización social* se presenta hoy como el reverso perfecto de una confianza ampliamente promovida durante los años noventa - ahora vacilante o en crisis- en las virtudes inherentemente antiautoritarias de la sociedad civil. Las tendencias *societalistas* identificaron, desde los años ochenta, práctica política con autoritarismo, angelizando a las fuerzas sociales por oposición a las estructuras verticales y opacas de la política -desde los Estados, hasta las formas de organización que le son concomitantes. Dicha autopercepción social -que podríamos llamar *ideológica*- opera como ausencia presente en el gesto, también ideológico, que vuelve hoy su mirada hacia la sociedad civil encontrando masivamente en ella autoritarismos (“discursos de odio”, etc.) que parecían antes propios de la esfera política.²

En esa *escena*, siempre moralizada, en la que la sociedad civil pasa de ser santificada a ser demonizada (o en todo caso, sospechada de portar el mal radical de los totalitarismos), lo que se escurre es la pregunta por las mutaciones que, en el lapso de cuatro décadas, han acontecido en *nuestras* culturas políticas, o mejor, en ciertas zonas de la vida cultural, cuyos rasgos las fuerzas políticas han tomado para conformarse, distribuyéndose en unas posiciones antagónicas de un lado al otro del espectro político.

|4|

Pensar el neoliberalismo desde los márgenes: lo periférico y lo imaginario

Sin obviar los modos en los que el capitalismo tardío fragiliza a los sujetos y horada la vida en común, nos proponemos introducir dos matices en la perspectiva que asume una causalidad más o menos lineal entre precarización y *derechización*, a fin de aportar mayor complejidad a los diagnósticos sobre nuestro presente.

1. Es necesario elaborar análisis situados y concretos de las transformaciones acontecidas en las últimas décadas para aportar, desde nuestra experiencia nacional, una definición del neoliberalismo que tome nota de sus características periféricas. No se trata de teorizar acerca del neoliberalismo *a la argentina* por un interés localista, sino de pensar qué ofrece el caso argentino al conocimiento del proceso de transformaciones globales llamado *neoliberalismo*; qué de su peculiaridad puede, incluso, poner en cuestión las coordenadas con las que el conocimiento producido en los países centrales define la generalidad con la que leer las particularidades de nuestra historia y nuestro presente. Asumiendo que la producción de conocimiento desde el sur no está destinada a ofrecer los casos particulares de leyes generales que se elaboran en el norte global, proponemos explorar algunos rasgos del caso argentino, para caracterizar estos procesos generales de amplia transformación, en sus lógicas y dinámicas profundas

Principalmente, la constitutiva crueldad y violencia antidemocrática con la que el neoliberalismo se instaló, desde sus inicios, en América del Sur, apoyado en formas de terrorismo de estado y violencia para-estatal, por el poder económico con apoyo internacional de las grandes potencias imperialistas, resulta un hito nada despreciable para problematizar su llamado “giro punitivo” o conservador (Davies, 2016). En América del Sur, el rasgo autoritario del comienzo permaneció como el reverso siempre

² Susana Murillo (2008) retoma el concepto de “fascismo societal” para identificar el reverso ominoso del societalismo de los años noventa, basado en los conceptos tecnocráticos de “contralor” y “*accountability* social”.

disponible de las formas de democratización posteriores. Ese dato, nada menor, revela hoy gran potencia para pensar el presente. Pues,

...tenemos una genealogía por la cual la “novedad” de una alianza entre neoliberalismo y fuerzas no democráticas no es tal. Las dictaduras vinieron a reprimir un ciclo de luchas obreras, barriales y estudiantiles que marcaron su inicio. Como principio de método y como perspectiva desde este continente, por tanto, es necesario subrayar la emergencia del neoliberalismo como respuesta a estas luchas. (Gago y Palmeiro, 2020, p. 11-2)

Así, hablar desde la generalidad de un “neoliberalismo punitivo” que habría sucedido a su momento utopista de la Sociedad de la Información (con sus normas de tolerancia, sus imágenes de un “mundo sin fronteras” y sus soluciones tecnocráticas a la conflictividad social) resulta problemático, porque soslaya una hebra poco considerada entre las causas de consolidación del neoliberalismo como proyecto de clase y luego, como bloque histórico: su carácter *contrarrevolucionario*.

|5|

Su carácter *reactivo* no sólo confronta con el capitalismo fordista del *welfare* o al regulacionismo soviético -ambos en crisis- sino que apunta principalmente al auge de los movimientos tercermundistas, soberanistas, las formas de solidaridad sur-sur y otras insurgencias que pusieron en riesgo el reparto imperialista del mundo, desde los años cuarenta hasta mediados de los setenta.

El proceso de neoliberalización del capitalismo no puede ser pensado como un movimiento unidireccional y creciente de dominación y despojo. Si bien la matriz (neo)colonialista se reconoce hoy en los procesos de expansión extractiva del capital financiero, esto no resulta suficiente para comprender la singularidad de los rasgos de crueldad y segregacionismo que asume actualmente el neoliberalismo, al retomar y en ocasiones revivificar esos rasgos en la actual coyuntura (Romé y Collazo, 2021, p. 274). La historia del neoliberalismo no es el resultado de la pura acción del capital (por obra de la subsunción total de la vida al capital), sino el saldo de las contradicciones y las luchas que obstaculizan o desvían las lógicas de reproducción y duración del capitalismo. En ese sentido, la condición “(neo)colonial”, “extractivista” o de creciente “desposesión” no basta para dar cuenta de todas las modulaciones específicamente neoliberales del capitalismo; tampoco pueden asociarse, de forma directa, las formas dictatoriales en las que se implementó con los fundamentos filosóficos o ideológicos de sus primeros representantes intelectuales. Y menos todavía pueden simplemente proyectarse esas ideas sobre los actuales procesos de democratización o de composición de fuerzas antidemocráticas, como si se tratara de la “verdad revelada” de la historia. Hay que tener en cuenta que la singularidad de los efectos postdictatoriales atraviesa también a las fuerzas, discursos y prácticas antineoliberales, para no incurrir en el riesgo de clausurar con categorías todavía demasiado abstractas los matices, complejidad temporal y contradicciones del presente.

La condición contradictoria y multitemporal de los procesos de neoliberalización del capitalismo global nos obligan a pensar el lugar sustantivo de los acontecimientos ocurridos en los “márgenes” del capitalismo entre los años cuarenta y setenta, bajo la forma de movimientos de liberación nacional, rebeliones tercermundistas,

antiimperialistas y antirracistas, para encontrar en esos acontecimientos nuevos elementos que echen luz sobre nuestro presente y abran su disponibilidad a las luchas del futuro. Se trata de atender a los desequilibrios y fragilidades internas de la reproducción imperialista del capital, porque es en relación con esas contradicciones que se comprende que las actuales tendencias antidemocráticas estén especialmente ensañadas con los gobiernos democrático-populares latinoamericanos de las primeras décadas del siglo XXI. Éstos encarnaron cierta contratendencia o puesta en parcial suspenso de la restauración imperialista de la globalización. Puede leerse esa saña justamente en virtud de lo que ella ofrece de *virtual* apertura de las genealogías tercermundistas olvidadas.

La recuperación de la trama inherentemente *contradictoria* -es decir, abierta a la lucha política- del proceso de neoliberalización, nos permite preguntarnos por los mecanismos de olvido o subordinación de esas tendencias insurgentes y combativas del tercermundismo por otra genealogía de postguerra, identificada con los discursos juristicistas inspirados en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1948. Éstos organizaron, en mayor medida, la salida de la Guerra Fría, habilitando procesos de politización transformadores y democratizadores, pero a la vez, subsumieron tendencialmente la lucha política en el universo semántico del derecho.

|6|

2. El segundo matiz que nos interesa introducir, se concentra en las transformaciones culturales vinculadas a los procesos de neoliberalización generalizada, ausentes de los análisis. Desde los años ochenta, la llamada “cuestión democrática” cobró centralidad en los debates. En nuestra región, bajo la fórmula de la llamada “transición democrática”; en los países europeos, como proceso de revisión crítica de los llamados “totalitarismos” asociados a las experiencias del socialismo real bajo las resonancias del nazismo.

Entre las múltiples marcas de la llamada cuestión democrática, Eduardo Rinesi y Andrés Tzeiman (2023) prestan atención a las mutaciones *representacionales* del campo intelectual nacional que hacen síntoma en el derrotero de escritura de Juan Carlos Portantiero, entre 1973 -cuando el sociólogo publicaba en *Pasado y Presente (nueva serie)* su artículo “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”- y 1984, cuando junto a Emilio de Ipola, titulan “Crisis social y pacto democrático” al trabajo publicado la revista *Punto de vista*. La mutación categorial -de las clases sociales al pacto democrático- expone ausencias y novedades en el lenguaje teórico y una profunda transformación en los modos con los que la teoría mira a la sociedad y con los que la sociedad se representa a sí misma, en la voz de sus intelectuales. Transformaciones de “perspectiva” -de “lentes”, proponen Rinesi y Tzeiman manteniendo la fuerza heurística de las metáforas ópticas. Agregamos nosotros que estas mutaciones en el campo de las *representaciones* -sean conceptuales o espontáneas- nos obligan a indagar un orden anterior de transformaciones, no ya en las formas de “representar” a la sociedad, desde ciertas “perspectivas”, sino en los *regímenes de visibilidad* mismos en cuyas coordenadas la sociedad se *ve* y se *imagina*; es decir se *presenta* la sociedad ante sí misma.

Las figuraciones ópticas nos obligan a introducir una breve digresión concerniente a la instancia de lo *imaginario*. Ésta introduce, en el análisis de la comunicación y la cultura, esta otra dimensión que resulta bastante más complejo identificar y que concita unas

modulaciones que no son enteramente *representacionales*, ni se agotan en el registro conceptual, sino que se articulan de modo sobredeterminado en la *experiencia vivencial* de lo social mismo. La categoría de lo imaginario ha transitado diversas tradiciones teóricas, pero la retomamos aquí, en un sentido preciso con objetivos analíticos para el campo de las relaciones entre cultura, comunicación y política, siguiendo la sistematización de Sergio Caletti, en base a los aportes de Sartre, Castoriadis y Lacan.

Nos referimos a la instancia por excelencia productiva de la subjetividad, en el plano de lo singular y de lo colectivo, que se caracteriza, al menos, por tres elementos (...) que denominaremos prediscursividad, creatividad, implicación proyectiva del mundo. Prediscursividad, porque abre los horizontes del sentido desde «antes» de la irrupción del orden de las significaciones en tanto ley, en tanto representaciones codificadas. Creatividad, porque —para tomar el giro castoriadiano— tiende a instituir lo que antes no estaba en parte alguna. Implicación proyectiva, porque los horizontes que dibuja tendrán por definición (podría decir Sartre) una carga intencional, en su acepción fenomenológica, esto es y en nuestros términos, darán cuenta de la subjetividad que los imagina (Caletti, 2013, p.10).

|7|

Mientras lo ideológico se caracteriza por “lo representacional, repetitivo, y destinado a implicar el orden de mundo que nos inscribe en sus términos” (p. 10), lo imaginario concita una zona de la experiencia de corte *espectral* -antes que identitario-, temporalmente desajustada -antes que cristalizada- y cargada de afecto inconsciente -antes que de materialidad estrictamente significativa. Si bien en los procesos históricos concretos estas dimensiones se encuentran imbricadas en su desajuste, “el orden de lo imaginario ofrece el suelo y el horizonte del sentido en cuyas generales las representaciones establecerán articulaciones significantes eficaces” (p. 10) ideológicamente.³

Dando cuenta de la *mediación específica de lo imaginario* podemos comprender las conexiones complejas entre el nivel representacional o categorial -en sus determinaciones ideológicas- con las demás instancias materiales de la transformación histórica y con la experiencia subjetiva.

La intrincación de las formaciones discursivas en las formaciones ideológicas da cuenta de su conexión sobredeterminada con la lucha de clases,⁴ pero pasa *necesariamente* por el orden de lo subjetivo, toda vez que éste se modula en lo histórico-social como un bucle que organiza la experiencia como espacio interior: aquí, lo subjetivo es un nudo que modula las fronteras imaginarias entre exterior e interior.

Entender lo subjetivo como nudo de plexos en el que la reflexividad del *yo soy* -el darse a sí como objeto- opera por descentramiento o desconocimiento, permite ubicar la relación específica entre lo ideológico y lo imaginario a partir de la teoría althusseriana

³ A diferencia del uso frecuente de la categoría de “imaginarios sociales” como una serie de imágenes, representaciones o símbolos que modulan de modo más o menos amalgamado la experiencia social, en nuestra perspectiva, resulta clave la distinción lógica y material entre lo representacional y lo imaginario.

⁴ “...llamaremos formación discursiva a aquello que, en una formación ideológica dada, es decir, a partir de una posición dada *en una coyuntura dada determinada por la lucha de clases*, determina lo que puede y debe ser dicho” (Pêcheux, 2016, p. 142, subrayado nuestro).

de la *interpelación* (Althusser, 2015). En ella, lo ideológico permite introducir un desajuste complejo (que Althusser conceptualiza como *sobredeterminación*) entre las condiciones materiales e históricas y las representaciones, al sostener que no son sus condiciones reales de existencia lo que los hombres se “representan” en la ideología sino que lo representado es ante todo la *relación imaginaria* que existe entre ellos y sus condiciones de existencia.

La instancia de lo imaginario se encuentra, así, materialmente articulada en la objetividad de las relaciones sociales como su *constitutivo y necesario desajuste*. Lo imaginario es objetivo (Balibar, 2018) porque da cuenta del modo en el que la afectación subjetiva participa, en su “distorsión” inherente, de la estructuración de la realidad social. En el caso del capitalismo moderno, lo imaginario concierne a la doble alienación (económica y jurídica) imbricada en el *sujeto* como *persona libre* y como *propietario* (de su fuerza de trabajo). En este sentido, comprender la alienación propia de las relaciones de explotación exige un rodeo por las formas de sujeción jurídicas en su eficacia *imaginaria* (Balibar, 2018, p. 12).

Esta conceptualización nos permite problematizar las relaciones de determinación simple que, a pesar de haber sido vastamente criticadas por las tradiciones culturalistas del campo comunicacional y politológico, vuelven a colarse por la ventana cuando la realidad social ofrece circunstancias donde la experiencia parece empobrecerse y revelarse en su esqueleto más crudo, como triunfo estratégico del capital. Contra esa suerte de péndulo que ha atravesado el campo de las ciencias sociales de las últimas décadas, que va del entero rechazo de categorías como la de lucha de clases o determinación, hacia la restitución de una suerte de “razón económica” omnipotente bajo formas de causalidad técnica o biopolítica, trabajaremos en las páginas que siguen con la idea de que la derrota de clase efectivamente acontecida debe nombrarse como tal pero que, simultáneamente, ésta no se “expresa” en la mutación de las “representaciones” de modo directo o mecánico, sino bajo una relación *sobredeterminada* -es decir, a la vez múltiple y contradictoria- que supone un rodeo por lo *imaginario*. Fuertemente asociado a la condición *escénica* y *fantasmática* de la experiencia política, lo imaginario ofrece su singular materialidad espectral a la organización de las coordenadas y gramáticas con las que una sociedad no sólo se “representa” sino se *presenta* como tal, otorgándose un determinado “efecto sociedad” que, como han demostrado diversos pensadores, desde Louis Althusser hasta Ernesto Laclau, no va de suyo sino que constituye el efecto de procesos de producción de “evidencia”. En este sentido, cabría sostener que existe una dialéctica compleja entre lo que nos es dado a ver y el orden de la fantasía social que sostiene la realidad como tal. Y esto supone un anudamiento tal entre percepción y deseo que subordina el campo de lo visible al orden de las creencias. No se trata tanto, dice Carlos Britos (2023, p. 16), de “ver para creer” sino que “el sujeto ve en función de lo que siempre-ya cree; es decir, de lo que está efectiva, o sea, afectivamente determinado a ver”.

Así entonces, es posible sostener, como lo hizo Pêcheux (2016), la existencia de una específica *materialidad de lo imaginario* basada no en la fuerza performativa del significante sino en la fuerza afectiva (e inconsciente) de la identificación del sujeto con el orden simbólico como tal. Esa materialidad imaginaria constituye, como dice Caletti (2013), la argamasa prediscursiva a partir de la cual toman forma ideológicamente los seres, categorías y coordenadas de la vida política. Si algo permite el viejo concepto de

ideología es sostener esta contradicción material y objetiva del histórico y lo imaginario, antes que subsumirla en el campo de las representaciones o del discurso (ya sea como “expresión” de la lucha de clases antagónicas, o bien como razón constructiva de la realidad social).

Luego de esta digresión, podemos retomar nuestro hilo y señalar que los estudios sobre neoliberalismo no siempre se detienen en la complejidad de estos procesos: si no contamos hoy -salvando honrosas excepciones, y de modo fragmentario- con una teoría consensuada sobre la *neoliberalización de la democracia* en las últimas décadas, menos aún contamos con una variedad de análisis que explore las transformaciones en lo *imaginario*, que acompañan y sostienen a las mutaciones en las representaciones que organizan la trama del espacio público. Sin embargo, las transformaciones acontecidas en el campo de las relaciones entre cultura y política nos convocan a otorgar especial atención a esta dimensión imaginaria asociada a la configuración de los campos del ver, lo espectral, las expectativas y la proyección amplificadas o restrictivas de lo posible. Esas disponibilidades permanecen hoy impensadas teóricamente.

Si queremos comprender las condiciones que permiten una notoria expansión de discursos, prácticas, e incluso modos de identificación antidemocráticos, resulta necesario incorporar la pregunta por los resortes afectivos de las condiciones culturales profundas de la vida democrática, sus alcances, obstáculos y límites.

Tomando, entonces, como punto de partida esta doble inquietud por una teoría “periférica”, plural y contradictoria del neoliberalismo y, especialmente, por los mecanismos imaginarios e ideológicos de los procesos de neoliberalización de la vida democrática de las últimas décadas, proponemos visitar la categoría de *postdictadura* que se abrió paso en algunos debates y reflexiones en nuestro país y fue luego olvidada hasta una reciente reaparición en un ensayo de la filósofa Silvia Schwarzböck, titulado *Los espantos. Estética y postdictadura* (2015).

Proponemos explorar una conceptualización situada del neoliberalismo como *postdictadura*, para dar cuenta de algunos aspectos de la transformación de los vínculos entre cultura, comunicación y política en las democracias actuales (y no solamente en las latinoamericanas).

Postdictadura. Antecedentes y actualidad de una categoría

El término “postdictadura” ha tenido (y tiene) un uso supuestamente neutro en las ciencias sociales y las humanidades: remite al tiempo posterior a la dictadura militar de 1976-1983, y se asocia, por lo general, con la conceptualización de dicho tiempo como el de la “transición democrática”. Más allá de ese uso neutral, algunos trabajos buscaron brindar densidad teórica a la noción. En el campo de la teoría y crítica literaria latinoamericana, por caso, la noción fue objeto de desarrollos conceptuales, especialmente a partir del trabajo del brasileño Idelber Avelar (2000), que será retomado y repensado, en nuestro país, por Elsa Drucaroff (2011).⁵

⁵ Para Frederic Jameson (2009), el territorio de la literatura ofrece un material de gran interés para explorar lo que en el apartado anterior definimos como dimensión imaginaria. Jameson conecta la ciencia ficción y la noción freudiana de fantasma, al señalar la estructura fantasmática de las llamadas

Al hablar de las “generaciones de postdictadura” en la narrativa nacional, Drucaroff (2011) intenta señalar que dichas generaciones están marcadas por un trauma “que afecta a la sociedad argentina y proviene, como todo trauma, de un pasado negado y doloroso” (p. 17). En la narrativa de estas generaciones se advierte una suerte de obstrucción de la temporalidad histórica. De este modo, la dictadura aparece como una suerte de “coágulo”, que impide el acceso al pasado más remoto:

El problema es el tabú que reina sobre lo anterior a 1976. Es como si todo lo comprensible hubiera nacido con la dictadura. Estamos ante una narrativa construida en un doble movimiento respecto de 1976: distancia irreductible si es el final de una etapa, pero presencia ineludible porque es el comienzo de ésta; un imaginario atravesado por un presente acuciante y sin salida, que cada vez pide más atención, pero sellado por el pasado traumático, por un conflicto que atormenta como sombra, fantasma (...) la sociedad en que estos escritores crecieron. (Drucaroff, 2011, p. 27)

|10|

Esta interrupción o dislocación de la historicidad también ha sido objeto de reflexión en el terreno de las ciencias sociales. Caletti observa una suerte de extrañamiento social que cancela todo tipo de reconocimiento de la dimensión de las luchas que antecedieron a la irrupción dictatorial: así, la “sociedad que se reconstruye a sí misma como ausente de lo ocurrido antes y después del 76 (...) impone de manera retroactiva una suerte de cancelación del carácter social de las batallas despolitizando su significación” (Caletti, 1998, p. 20). En su perspectiva, dicho extrañamiento estaría vinculado con la caída del *horizonte de sentido* que se articula en torno del ideal revolucionario: sin dicho horizonte, los primeros setenta pierden su inteligibilidad y pasan a ser reinterpretados por los discursos de la así llamada “transición democrática”, la nueva problemática que ocupa el lugar de la lucha de clases (Caletti, 2006a; Romé y Collazo, 2021). Resulta crucial la referencia al “sentido”, que no se subsume al concepto de representación, porque significa que lo que “cae” hacia fines de los setenta, no es sólo una serie de “formaciones discursivas” con fuerza ideológica, sino el campo *imaginario* que les confiere una fuerza afectiva y subjetiva de creencia, y que sostiene de modo prediscursivo el campo de lo visible que involucra una implicación proyectiva y una virtual creatividad, a partir del cual la sociedad se *presenta* ante sí misma, como experiencia vital.

A su manera, el trabajo de Schwarzböck se inscribe en esta trama de textos y autores, caracterizada por pensar a contrapelo de ciertos consensos mayoritarios (Casullo, 2007; Horowicz, 2012; Fogwill, 2021). Y así como Caletti y Drucaroff exploran la cuestión del quiebre o dislocación de la temporalidad histórico-política, Schwarzböck indaga en las formas de tramitación de dicho quiebre, vale decir, estudia de qué modo la reorganización de la vida social impuesta por la dictadura a través de su política

“ensoñaciones diurnas” que, siguiendo a E. Bloch, pueden asociarse a las formas utópicas. Así, asume el primado epistémico de la *fantasía* -que aquí llamados registro imaginario- en la teoría y en la práctica política y nos ofrece una estrategia analítica para identificar la acción de lo imaginario en los textos de una cultura.

represiva deja sus marcas (y sus derivas prácticas) en la *escena* del “retorno a/de la democracia”. En ese sentido, para Schwarzböck *postdictadura* “es lo que queda de la dictadura, de 1984 hasta hoy, después de su victoria disfrazada de derrota” (Schwarzböck, 2015, p. 23)⁶. Los alcances de esa *escena* en la que la sociedad se hace presente, suponen el juego fantasmático de unos ciertos espectros del pasado y en base a ello, la habilitación imaginaria de unas ciertas figuraciones de futuro. A esa constelación escénica Schwarzböck la denomina *postdictadura*.

Por lo tanto, para abordar esas remanencias de lo dictatorial en el tiempo del presente democrático se requiere entrar en cuestión desde la estética, ya que el objeto de estudio (los espantos)⁷ “pertenecen al género de terror. (...) Los espantos encarnan, en el modo de la ficción pura, lo postdictatorial de la Argentina” (Schwarzböck, 2015, p. 21). El abordaje del juicio estético que, como Karczmarczyk (2021) puntualiza, “testimonia que hay más de lo que se puede pensar con conceptos” (p. 84), pone al presente en diálogo tácito con la perspectiva de los revolucionarios derrotados por las fuerzas represivas, y servirá para trazar una distinción fundamental entre los modos de existencia social pre y post dictadura: como una distinción entre “vida verdadera” y “vida de derecha”. Planteada de modo sintético, esta distinción se fundamenta en estos términos: para los revolucionarios setentistas, la promesa de una vida verdadera (de un orden social justo, *la patria socialista*) era concebible pero irrepresentable (el Pueblo por el que los revolucionarios luchaban era un Pueblo por-venir). Pero el camino que llevaba a la vida verdadera (la vida de izquierda) fue cancelado: la dictadura que se impone a sangre y fuego volverá inconcebible (inimaginable) la perspectiva de la vida verdadera. Sólo quedará, entonces, la posibilidad de una vida que Schwarzböck considera -con Adorno- “inauténtica”, en la cual el goce de una (más o menos) módica libertad está garantizado a condición del no cuestionamiento de su estatuto no verdadero: la vida de derecha. La democracia es, en esa perspectiva, el modo de transitar esa interrupción radical, una suerte de formación de compromiso para el lazo social, donde lo *imaginable* debe reducirse a lo *representable*. En ese sentido, en la llamada *postdictadura* lo que prima es la unificación imaginaria entre el pueblo concebible y el representado (por el cálculo electoral, por las encuestas de opinión, por el *data-minig*). Y en esa clausura identitaria no hay resto ni exceso utópico que reclame una imaginación de futuro.

Retomamos estas tesis de Schwarzböck para desplegar algunos elementos tangenciales de su perspectiva, sin ingresar en algunos debates que son, sin duda, necesarios y que otros comentaristas han señalado (Karczmarczyk, 2021; Pacheco, 2019; Rinesi y Tzeiman, 2023).⁸

⁶ Para hablar de una “victoria disfrazada de derrota”, la autora se inspira en Fogwill, quien planteaba que el triunfo económico-político de la dictadura (un auténtica reorganización de la sociedad en beneficio de las clases dominantes) quedaba enmascarado u ocultado por la política de derechos humanos asumido desde el gobierno de Alfonsín, que consigue llevar a los militares a juicio (ver Schwarzböck, 2015, pp. 60-3).

⁷ Schwarzböck se inspira en la película *La mujer sin cabeza* (2008), de Lucrecia Martel, para elaborar la noción de “espantos”. Se trata de una suerte de presencias espectrales, algo que no se quiere ver pero no obstante perdura en su cualidad fantasmal.

⁸ Diversos lectores coinciden en reclamar a este diagnóstico la recuperación de la trama contradictoria que permitiría comprender las experiencias políticas que desde los años noventa ponen en vacilación la estabilidad postdictatorial y retoman de modo parcial o intermitente elementos de algunas genealogías

La categoría de postdictadura nos permite situar y abordar de un modo situado aquello que en términos todavía abstractos podemos reconocer como el proceso de *neoliberalización del espacio público*. En segundo lugar, nos permite, si no una aproximación completa, al menos una serie de indicios necesarios para precisar y analizar los procesos densos de transformación *imaginaria* que sostienen muchas de las tendencias des-democratizadoras de nuestra actual coyuntura, para pensarlas ya no como el puro efecto de la acción política de un cierto sector (las derechas, los factores de poder, los medios, etc.), sino como parte de un conjunto de condiciones y disponibilidades culturales generales que algunas fuerzas políticas logran captar con mayor eficacia estratégica. Por lo tanto, no se trata tanto de pensar los modos en los que la última dictadura militar⁹ “produjo” la modulación de la experiencia cultural, sino de mapear algunos de los efectos, tal como estos actúan en el presente, dando una forma al campo de lo visible, es decir, de lo *imaginable* políticamente, y configurando la escena en la que tomarán forma las subjetivaciones políticas antagónicas.

La postdictadura, basada en la identificación del terror como “la forma primordial de la representación social” (Karczmarczyk, 2021, p. 83) condensa en la figura de *los espantos*, su régimen régimen de visibilidad y creencia: aquello que actualmente puede *ser visto* por quienes no pueden *pensarlo* sostiene los límites de lo representable. Más acá del orden *representacional*, se abre esa zona de lo imaginario que supone el juego de lo *fantasmático* (de los espectros a los espantos...) en la construcción de la representación política. Ella presta su materialidad imaginaria al sujeto (político), que “pone en visibilidad, por su acto o por su voz, a un segmento de la vida social que se identifica en esa *aparición*, que se autorepresenta de este modo ante sí mismo” (Caletti, 2011, p. 65). Si, siguiendo a Freud, podemos decir que *fantasma* es el modo (imaginario) en que el sujeto se presenta la historia de sus orígenes, debemos no obstante subrayar que “los fantasmas de la subjetividad socialmente configurados asientan su base en el *bajofondo de la cultura compartida* y son parte de los modos de la autorepresentación que tienen lugar en lo público” (p.65) Rastrear las napas postdictatoriales de ese “bajofondo” cultural constituye entonces una tarea de primer orden a la hora de pensar lo virtual, lo disponible y lo indisponible en nuestra actual coyuntura política.

En este marco, tres aspectos interrelacionados permiten pensar las coordenadas *postdictatoriales* de nuestra cultura contemporánea, con especial atención a su eficaz materialidad imaginaria (y en este caso, *espantosa*): (1) el desanclaje entre la discursividad política y una experiencia vital de lo verdadero (asociado a lo Justo); (2) una “buenificación” de la sociabilidad política, bajo formas morales socialistas pretendidamente antiautoritarias, de satanización abstracta e indistinta de *la Violencia*, que adquieren formas policiales de censura y corrección política; y (3) una mutación de las figuraciones del terror desde la clandestinidad paraestatal hacia la sobre-exposición espectacularizada.

Articulando estas coordenadas, dice Schwarzböck (2015) que el “interpretacionismo democrático” permite la satanización sutil “de toda violencia que no sea simbólica” (p.

predictoriales. La discusión es válida siempre que se mantenga en el plano estético y de lo imaginario que, consideramos, es el que concierne al nivel de análisis de Schwarzböck.

⁹ O incluso de la concatenación que operaron las experiencias dictatoriales, especialmente desde 1955.

99), a través de un mecanismo que sólo admite -inspirándose en Nietzsche y Foucault- la violencia “de una interpretación contra otra interpretación” (p. 100). De esta forma, “toda violencia que se lea a sí misma como primera (...) queda asociada al pasado reciente: a la lucha a muerte en términos de verdad” (p.100). La satanización de la violencia -contracara de una sociedad civil “buenificada” (2)- trae consigo el inevitable desanclaje ético entre política y verdad (1), bajo la forma de una celebración indistinta del pluralismo expresivo de las opiniones y una resignación timorata a las formas discursivas neutralizadas de la llamada “corrección política” (3).

Así, la pervivencia de ese “pasado-presente” se da en la superficie misma de los discursos, de modo tal que el terror opera como presencia inconcebible. Su “representación leída *a posteriori*, demuestra haber demandado una estética *protoexplícita*, no una estética de lo irrepresentable, de lo indecible, o del silencio” (p 23). Esto nos obliga a atender a los mecanismos y dispositivos materiales de nuestra vida cultural para indagar el modo en que en ellos el terror opera como *ausencia presente*.

La postdictadura, así comprendida, constituye un específico *régimen de visibilidad* que articula las coordenadas de lo visible-invisible de la sociedad para la sociedad misma, organizando las gramáticas de aparición de las “cosas” sociales. Postdictatorial es el *régimen de representación absoluta* dice Schwarzböck (2015, p. 24), que muestra todo, pulverizando la negatividad capaz de sostener la experiencia de los límites del propio campo de visión y con ello, el exceso utópico que abre el presente a la imaginación del porvenir.

Lo postdictatorial de nuestra cultura contemporánea se apoya, de esta forma, en lo que podríamos denominar *ideología de la comunicabilidad total*, de la *visibilidad total*, y trabaja como la plena mostración que vuelve algunos puntos *impensables*. Lo que no se puede concebir de la dictadura -dice Schwarzböck (2015)- “es precisamente lo que sí se puede ver, incluso a la luz del día” (pp. 25-26). Así, postdictatorial es el nombre de la transformación en el régimen mismo de lo visible, de modo tal que las clásicas operaciones de la crítica parecen inermes; especialmente, aquellas en las que la función intelectual se anclaba principalmente en un *dar a ver* y que, como consecuencia, conferían un rol destacado a quienes ocupasen ciertos lugares en los dispositivos culturales y técnicos a través de los cuales la sociedad *se mira*. Entre ellos, sin dudas, a los agentes de la comunicación. “Hacer ver más claro” o “correr el velo”, “visibilizar lo invisibilizado”, resultan hoy ejercicios carentes de eficacia y sentido, en un campo ideológico en el que la relación entre lo simbólico y lo imaginario se ha trastocado.

La explicitación, como dispositivo dominante de lo comunicacional en nuestra coyuntura cultural, puede leerse en términos de lo que Nepomiachi y Sosa (2019, p.144), definen como *atonalidad*, siguiendo a Žižek (2015) y Badiou (2008). La atonalidad es el rasgo de esa “estética protoexplícita” para una vida cultural en la que el relativismo epistemológico y moral ofrece, a la vez, la superficie de un pluralismo inocuo y el reverso ominoso del deseo de un Amo total.¹⁰

¹⁰ La atonalidad es el resultado de procesos de homogeneización y desjerarquización cultural en los que pierden densidad los anclajes significantes que organizan el sentido compartido bajo ciertos parámetros históricamente configurados. Esta erosión no conlleva una caída del orden simbólico como tal y en lugar de liberar el espacio social, despojándolo de todo tipo de Amos, vuelve tanto más dominante y abstracto al mecanismo que regula la interacción con los otros disparando tanto demandas autoritarias de orden “a

La sobreinformación y absoluta visibilización -donde las tecnologías de la comunicación funcionan como dispositivos materiales- son rasgos inherentes (no productores de) a la atonalidad cultural y conllevan, en el marco postdictatorial, un modo específico de perpetuación de la experiencia del terror mediante un desplazamiento subjetivo, con significativas consecuencias éticas (y políticas):

...el campo de concentración entra, no sin trastocar su significado, en el régimen de lo explícito: su modelo pasa a ser, en poco tiempo, Guantánamo, un lugar del que *se sabe de su clandestinidad sobre todo por las imágenes*. Clandestinidad y explicitud, en el campo de concentración contemporáneo, se convierten en un solo concepto. La exhibición de las imágenes de la tortura es parte intrínseca de la tortura (Schwarzböck, 2015, p. 26).

La explicitud de las imágenes transforma, paradójicamente, el lugar del espectador: “la gente” es el sujeto involucrado en la normalización de la tortura, como se advierte a propósito de la circulación de las fotos de la tortura en la cárcel iraquí de Abu Ghraib (Žižek, 2008, p. 58). La atonalidad cultural coincide con formas de sociabilidad basadas en la *indolencia*. Se trata de una transformación que resulta de la correlación de las diversas fórmulas de felicidad compulsiva con el imperativo moral a la transgresión de la norma (p.58). Lejos de responder a una supuesta “crisis de los valores”, la normalización del terror -y de sus formas crueles y obscenamente arbitrarias- forma parte de un proceso de severa *re-moralización*, contracara necesaria del relativismo que erosiona los acuerdos básicos de la comunidad.

El terror postdictatorial habita en la estética proto-explícita y en su principio de comunicabilidad plena, con consecuencias riesgosas para la vitalidad de la experiencia democrática. Sergio Caletti (2006b) llama *demoscópica* a la forma comunicacional de la sociabilidad política en esta democracia neoliberalizada. En ella, la práctica del sondeo oficia de metáfora de la relación entre comunicación y política y es el paradigma del régimen de visibilidad (imaginario), por el cual lo concebible procura calzar con lo representable. Una ingeniería social que instituye un modo de ver, escuchar o imaginar lo que “la gente” (y no el Pueblo) es, piensa, opina y cree, actúa *materialmente* en los sofisticados métodos estadísticos, minería y procesamiento de datos, diseño de estrategias comunicacionales, de imagen de candidatos, escenificación, etc.

La cuestión que aquí queremos subrayar no es sólo la captura tecnocrática de la imaginación que opera en el régimen de visibilidad plena, sino algo menos considerado: el modo postdictatorial en el que en su neutralidad perviven objetivamente los espectros del terrorismo de estado como confluencia del terror en lo policial.

No es tan sólo un juego de imágenes lo que vincula al hurgar tecnificado por encuesta para insumo de los gestores y técnicos con el hurgar en el interrogatorio que amedrenta o mata para insumo de los organismos llamados de seguridad. Uno y otro hurgar configuran, en sentido estricto, diferentes géneros de lo

cualquier precio” como la angustia claustrofóbica ante cualquier norma que encarne un límite al ego. (Nepomiachi y Sosa, 2019, p. 144).

policial. (...) Todo indica que, en definitiva, alguien tiene que contarle a los que gobiernan qué es lo que pasa allá abajo. En la versión antigua, los servicios llamados de inteligencia debían averiguar los secretos escondidos entre las voces que tronaban. En la modalidad que va ganando espacio, en cambio, el hurgar se realiza en la superficie de los silencios. (...) Ocurre que el hurgar, que nada tiene que ver con escuchar, cancela el decir. Las palabras que se profieran como consecuencia de este hurgar no podrán, en último término, suponer jamás la oportunidad de inaugurar mundos, de imaginar horizontes, de improvisar con resultados impredecibles, de dar vía al deseo, de persuadir y ser persuadido, de disentir, rebatir y negar como resultado de la confrontación, ni tampoco de cambiar los términos en que se desarrollan esas mismas relaciones en cuyo plexo las palabras vienen proferidas (Caletti, 2006b, p. 26).

Conclusiones. Desafíos del presente

|15|

Nos hemos propuesto apenas introducir una pregunta sobre las dimensiones todavía inexploradas de nuestro presente asediado por los fantasmas de la experiencia dictatorial. No pretendemos sino invitar a nuevas preguntas y desarrollos. Partiendo de cierto carácter de “evidencia” con el que hoy se aceptan los diagnósticos sobre una derechización de la sociedad en general, y se adjudican esas tendencias tanto a una voluntad estratégica plenamente eficiente de las derechas (y sus dispositivos comunicacionales) o a un determinismo economicista o tecnocéntrico, nos interesa poner el foco en la necesidad de interrogar las transformaciones acontecidas en la *materialidad imaginaria* de la vida cultural de las últimas décadas.

Pensar las formas sacrificiales, punitivistas y autoritarias del neoliberalismo actual, así como la proliferación de discursos intolerantes y violentos, no puede, (ni en América del Sur, ni en el mundo) soslayar la experiencia dictatorial como momento *fundante* de los procesos sociales de neoliberalización a escala mundial.

En este marco, hemos procurado avanzar en la complejización de los esquemas con los que se conciben las transformaciones en la cultura política de los últimos cuarenta años; especialmente, el consenso en la centralidad de las mutaciones en los dispositivos, prácticas de la comunicación que mantiene, no obstante, impensadas las conexiones entre los diversos niveles del problema. El nivel de análisis de lo imaginario que suele soslayarse en su especificidad, o subsumirse al registro de las “representaciones” sociales, o a cierto constructivismo de la subjetividad, permite indagar la conexión entre los procesos culturales y las disposiciones subjetivas, organizando la forma en la que la sociedad se hace presente ante sí misma a través de una serie de procedimientos, técnicas y afectos. Es en este nivel donde proponemos situar la operatividad de la categoría de postdictadura para mostrar los modos de supervivencia del terror en la superficie gozosa (felicista o nihilista) de nuestra vida cultural tecnificada.

Así, el concepto de postdictadura permite identificar el carácter ominoso de la globalización de la cultura a escala global, y pensar los alcances de la experiencia del terrorismo de estado en América Latina como momento constituyente de una cultura

global. Lo postdictatorial ofrece un dispositivo productivo de vida de derecha que opera a nivel imaginario, cuyos rasgos de prediscursividad, creatividad e implicación proyectiva constituyen la materia a partir de la cual toman forma los procesos de subjetivación política. Esto supone que la llamada derechización no es “de la sociedad”, ni de la “gente”, sino de los parámetros generales de lo visible con los que se circunscribe la *escena* que da protagonismo a unos “actores” cuya representación ocupa el lugar de lo imaginable primero y luego de lo representable. Una escena en la que toman forma los parámetros mismos de los antagonismos representables.

Para concluir, deberíamos advertir ciertos indicios actuales de agotamiento de lo que podríamos llamar el “paradigma buenista” de la globalización -es decir, de sus formas neutrales y tecnocráticas, de su moral de corrección política y de su lógica aritmética. En el marco de la actual crisis de hegemonía neoliberal y de disputas geopolíticas, diversos referentes de las derechas antidemocráticas globales -desde Santiago Abascal y Giorgia Meloni, hasta Mauricio Macri- anuncian el “fin del buenismo”, explicitando el diagnóstico y la estrategia que en él se apoya. Pareciera abrirse allí un desafío por pensar una estrategia democratizadora en las grietas de una forma de politización postdictatorial de la vida democrática, cuyos límites hemos indicado. ¿Qué tipo de respuesta política puede ser imaginada en el marco de proyectos democratizadores si no es asumiendo los límites de la coyuntura que nos ha traído hasta aquí?

|16|

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (2015). *Sobre la reproducción*. Madrid: Akal
- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Editorial Cuarto Propio.
- Balibar, É. (2018) “Philosophies of the Transindividual: Spinoza, Marx, Freud” *Australasian Philosophical Review*, volumen 2, número 1., pp. 5-25, DOI: 10.1080/24740500.2018.1514958
- Britos, C. (2022). “En los bordes de lo visible. Hacia un materialismo de la percepción en Althusser y Lacan”. *Actas IV Coloquio Internacional Louis Althusser. IIGG-UBA/FaHCE-UNLP*.
- Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Tinta Limón.
- Caletti, S. (1998). “La crítica política y los descentramientos de la memoria”, en *Pensamiento de los confines*, número 5, pp. 17-22.
- Caletti, S. (2006a) “Puentes rotos”, en *Revista Lucha armada en la Argentina*, número 6: 74-81.
- Caletti, S. (2006b). “Decir, autorrepresentación, sujetos” Tres notas para un debate sobre política y comunicación. Versión, 17, pp.19-78
- Caletti, S. (2011). “Aproximación a un campo de problemas sobre el sujeto y la política. Subjetividad, política y ciencias humanas. Una aproximación” En Caletti, S. (coord.) *Sujeto, política, psicoanálisis*. Bs.As.: Prometeo
- Caletti, S. (2013). “Los problemas de la subjetividad y la cultura. Para abordar lo imaginario”. *Actas I Jornadas de Investigación en Comunicación y política*. FCE-UNER.
- Casullo, N. (2007). *Las cuestiones*. Fondo de Cultura Económica.

- Davies, W. (2016) “Neoliberalismo 3.0”, *New Left Review.*, 101, nov-dic. 2016., pp.129-144.
- Drucaroff, E. (2011). *Los prisioneros de la torre: Política, relatos y jóvenes en la postdictadura.* Emec.
- Fogwill, E. (2021) *Estado alterados.* Blatt & Ríos.
- Fraser, N. (2016) “El capital y los cuidados”, *New Left Review*, 100, pp. 111-132.
- Foucault, M. (2007) *Nacimiento de la biopolítica.* Fondo de Cultura Económica.
- Gago, V. y C. Palmeiro (2020) “Palabras previas. Arruinar el neoliberalismo”, en Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente.* Tinta Limón.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo.* Akal.
- Horowicz, A. (2012). *Las dictaduras Argentinas. Historia de una frustración nacional.* Edhasa.
- Karczmarczyk, P. (2021). “Dos miradas sobre la figura del militante revolucionario” en *Conflicto Social*, vol.14, núm 16, pp.72-101.
- Jameson, F. (2009). *Arqueologías del futuro.* Akal.
- Murillo, S. (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg hasta Cromagnon.* CLACSO.
- Nepomiachi, E. y Sosa, M. (2019). “Lazo social en la coyuntura neoliberal. Una lectura desde los discursos lacanianos” en *Argumentos*, núm. 21.
- Pacheco, M. (2019). *Desde abajo y a la izquierda.* Cuarenta Ríos.
- Pêcheux, M. (2016) *Las verdades evidentes.* Lingüística, semántica, filosofía. Ediciones del CCC.
- Rinesi, E. y Tzeiman, A. (eds.). (2023). *Los lentes de Victor Hugo.* UNGS.
- ROMÉ, N y COLLAZO, C. (comps.) (2021) *Para una crítica de la neoliberalización. Aportes de la teoría de la ideología a la investigación en comunicación.* Imago Mundi.
- Schwarzböck, S. (2015). *Los espantos. Estética y postdictadura.* Cuarenta Ríos.
- Žižek, S. (2011). *En defensa de las causas perdidas.* Akal.